

MEDITACIÓN LV

La tibieza en el sacerdote. Sus daños

I. Nadie teme menos por su salvación que el sacerdote tibio.

II. Nadie debiera temer tanto como él.

Lo que hace más peligroso el estado del sacerdote tibio son las funestas ilusiones en que se adormece, ilusiones que le hacen temer tanto menos de su salvación cuanto más debiera temer por ella.

PUNTO I

Nadie teme menos por su salvación que el sacerdote tibio

Esto es efecto de la doble ilusión que él mismo se forja acerca del mal que comete y del bien que cree obrar.

1.º Ilusión acerca del mal que hace. Poco solícito en prestar oído á la voz de su conciencia, porque no halla en su conducta las torpes debilidades y los delitos que caracterizan á los grandes pecadores, lleva una vida tranquila en medio de sus infidelidades cotidianas y de las habituales negligencias en el servicio de Dios. Para él poca ó ninguna importancia tiene aquella falange inmensa de pecados veniales, aquellas conversaciones vanas, el tiempo gastado en lecturas frívolas, en paseos inútiles, el conjunto en suma de una vida sin espíritu de fe, sin mortificación, de una vida muy diferente por cierto de la que debe llevar un verdadero cristiano.

El justo desconfía de todas sus obras. *Verebar omnia opera mea* (1). Tanto que hasta la sombra de la ofensa de Dios le hace temblar. ¡Oh temor santo, tú eres el amparo más seguro de la inocencia: *Beatus homo, qui semper est pavidus!* Por el contrario ¡desdichado de aquel que no tiembla por las culpas le-

(1) Job., IX, 28.

ves! ¡Ah! éste no tardará mucho en caer en las graves, pues gasta familiaridad con el pecado venial que hiere nuestra alma. Del sueño de la tibieza al sueño de la muerte no hay más que un paso: y como este paso no se da de un golpe sino poco á poco descendiendo más bien que precipitándose en el abismo, se hace más difícil el evitarlo.

2.º Ilusión por el bien que cree hacer: esto engendra en su corazón una falsa complacencia. La tibieza en efecto se concilia fácilmente con ciertas virtudes que mantienen el alma en una fatal seguridad. El Obispo de Efeso era un verdadero modelo en muchas cosas, y el mismo Jesucristo le da testimonio de ello: *Scio opera tua et laborem et patientiam tuam et quia non potes sustinere malos.... sed habeo adversum te quod charitatem tuam primam reliquisti; memor esto unde excideris* (1).

El ángel de la Iglesia de Laodicea complaciéndose en las obras buenas en sí mismas, pero inficionadas con el veneno de la tibieza, solía decir: «soy rico; nada malo me puede pasar» y el pobrecito no veía que era objeto digno de compasión por su extremada indigencia, por su ceguedad, y por su completa desnudez de todo bien verdadero. Hasta llegar á vivir tranquilamente en ese estado de tibieza, y esa tranquilidad es precisamente lo que aumenta el peligro.

PUNTO II

Nadie debe temer tanto por su salvación como el sacerdote tibio

Así lo afirman los oráculos más terribles: *Inutilem servum ejicite in tenebras exteriores; illic erit fletus et stridor dentium* (2). Y este hombre tan riguroso é inexorablemente condenado ¿ha ofendido acaso la castidad, la justicia, la templanza?... Nada de eso; tan sólo se le reprocha su negligencia en cultivar el talento que se le había confiado; es un siervo in-

(1) Apoc., II, 2, 4, 5.

(2) Matth., XXV, 30.

útil: esto es lo que constituye su delito y hace de él un criminal. Las gracias con que Dios enriqueció á este sacerdote no han dado fruto alguno en sus manos.... y esto sólo sería bastante para que fuera condenado por el bien que no ha hecho, aunque sea irreprochable en todo lo demás. Será considerado como homicida de todas aquellas almas que había podido salvar, pero que por su tibieza las dejó perder miserablemente.

¿De qué delito se hicieron reas aquellas vírgenes que el esposo no quiso reconocer y admitir en el convite? *Domine, Domine, aperi nobis.... Amen dico vobis: nescio vos* (1). Fueron excluidas por haber sido poco solícitas en mantener vivo en sus almas el fuego de la caridad, *lampades nostræ extinguuntur*. Por lo demás, habían conservado intacto el tesoro de la virginidad, Jesucristo siempre las llama vírgenes.

¿Y qué significa aquella higuera estéril que se seca en el acto que el Hijo de Dios la maldice?... *Et arefacta est continuo ficulnea* (2). Jesucristo, escribe el santo Evangelista, había menester de algún alimento: *Revertens in civitatem esuriit*; (3) y como buscara frutos en aquel árbol, no halló en ella más que hojas, pompa inútil que no la libraría de la terrible sentencia: *Nunquam ex tē fructus nascatur in sempiternum* (4). Así la apariencia de virtud y una tintura exterior de piedad podrán acaso hallar favor delante de los hombres; pero Dios que sondea los corazones, *intuetur cor*; Dios que desea nuestro amor, nuestro sacrificio, no ve en él más que hojas, y éstas no le satisfacen, *folia tantum* (5).

Maledictus qui facit opus Domini fraudulentem (6). Aquí Dios no castiga la esterilidad y la inocencia como en los hechos precedentes, sino que castiga lo

(1) Matth., XXV, 11, 12.

(2) Matth., XXI, 19.

(3) Matth., XXI, 18.

(4) Matth., XXI, 19.

(5) Matth., XXI, 19.

(6) Jerem., XLVIII, 10.

mejor que hay en las obras, *opus Domini*. El hombre de Dios debe hacer la obra de Dios. Enseñar á los ignorantes, visitar á los enfermos, cuidar de los pobres, reconciliar á los pecadores.... todas estas son obras de Dios; pero si las desempeña con negligencia y tibieza defraudando las esperanzas del Señor ¿qué fruto sacaré de ellas? La maldición: *maledictus!* ¿Es cosa de poca monta acaso la maldición de un Dios? ¡Ah, la desesperación más horrible se apoderará un día de aquellos á quienes Dios diga con enojo: *Discedite á me, maledicti*.

En fin ¿quién no se estremecerá al oír á Jesucristo que dice al Obispo de Laodicea que está á punto de arrojarlo de su corazón y vomitarlo de su boca porque es tibio? Esta expresión: *incipiam te evomere ex ore meo* ¿no nos da una terrible idea de lo desagradable que es al Hijo de Dios un sacerdote tibio, y cuán difícil y costoso es volver á ese Corazón adorable de donde, por su culpa, fué expulsado? ¡Ah! Señor, Vos que aguardáis con paciencia hasta las almas más extraviadas, y que las buscáis ardiendo en deseos de que vuelvan á Vos; Vos que os ofrecisteis á cargar con todas nuestras miserias, y que convidáis á todos los atribulados para que vayan á Vos: *Venite ad me omnes qui laboratis....* ¿no tendréis compasión de un ministro vuestro, de un pobre pecador, que habéis amado con tanta ternura? Yo lo echaré lejos de mí, yo lo vomitaré de mi boca. ¿Y qué ha hecho, Dios mío, para provocar hasta ese punto vuestra indignación? ¿Acaso ha alterado el depósito de la fe, ó ha deshonrado vuestro santuario con alguna caída escandalosa? No; pero no es fervoroso en servirme, es un tibio: *quia tepidus es*.

Ahora bien ¿qué fe tengo yo en estos oráculos divinos? ¡Ah! ya los conocía, Señor, pero no pensaba en ellos; ó si á veces los recordaba no era para aplicármelos formal y directamente. ¿No se vislumbra por ventura en mí alguna señal de tibieza?...

Si después de maduro examen me viera obligado á confesar que hay en mí no una sola sino muchas señales de tibieza ¿cómo es que las amenazas que aca-

bo de recordar no me llenan de terror y espanto? ¡Gran Dios, cuán grande es mi ceguedad! Pero no cesando Vos de avisarme á cada instante, me manifestáis con esto muy á las claras que queréis preservarme de estos terribles castigos: yo lo quiero también, Dios mío; estoy resuelto, cueste lo que costare. Concededme, os lo ruego, no ya ese fervor sensible, fuente de aquellas delicias puras con las que, aun en esta vida soléis recompensar la generosidad de vuestros fieles siervos, sino el fervor de la penitencia, de la abnegación, del desprecio de mí mismo: este fervor es el más seguro, es el único que conviene á un pecador. Concededme que todos los días una mi inmolación á la vuestra, y que en adelante viva en vuestra presencia poseído de aquel espíritu de sacrificio que es la señal más cierta de vuestro amor.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Nadie tiene menos temor que el sacerdote tibio.* Esto proviene de la doble ilusión que se forja acerca del mal que hace y del bien que cree hacer. Considera como cosa de poca monta los innumerables pecados veniales que comete, y por estos pecados que hieren el alma, llega poco á poco sin darse cuenta á los pecados que le dan la muerte. Se hace ilusiones con algunas de sus obras, buenas en sí, pero emponzoñadas y maleadas por el veneno de la tibieza. Se cree rico y no sabe que se encuentra en un estado de indigencia que inspira lástima. Vive tranquilo en ese deplorable estado y esto es lo que cabalmente acrecienta su desdicha.

PUNTO SEGUNDO.—*Nadie debiera temer tanto como el sacerdote tibio.* Se han pronunciado en su contra los oráculos más espantosos: *Inutilem servum eijcite in tenebras exteriores.* ¿Por qué se reprocha y castiga á este siervo? por su negligencia: *Tot occidimus, quot ad mortem ire quotidie tepidi et iacentes videmus.* ¿Qué se les echa en cara á las vírgenes fatuas? su falta de vigilancia: *Lampades nostræ extinguuntur.* La higuera estéril es maldecida porque sólo cría hojas: *Folia tantum.* Las mismas obras buenas y consagradas

á Dios son maldecidas porque se han hecho con negligencia: *Maledictus qui facit opus Dei negligenter.* El salvador arroja de su boca á los tibios.

MEDITACIÓN LVI

La tibieza. Sus remedios

- I. La oración.
- II. La mortificación.
- III. La reflexión.

PUNTO I

La oración

Nuestro Señor Jesucristo nos enseña que la tibieza es una enfermedad de difícil curación, pero no incurable; que sólo de Él hemos de esperar el remedio, y que debemos buscarlo en su Corazón divino: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum, probatum, ut locuples fias, et vestimentis albis induaris.... et collyrio inunge oculos tuos, ut videas* (1). Este eficazísimo remedio lo vende Jesús al mismo tiempo que lo da, *emere a me;* porque la oración, en pago de la cual quiere enriquecernos, concediéndonos el oro puro de la caridad, *aurum probatur,* es trabajosa para el alma tibia, y hasta le sería imposible si no fuera prevenida por la gracia que excita en el corazón ese deseo: *Suadeo tibi.*

El Señor había dicho al Obispo de Laodicea que era pobre, desnudo y ciego..... este es precisamente el estado del sacerdote tibio. Es pobre: ¿qué valor tienen para el Cielo sus obras, enteramente terrenas que ni la atención eleva, ni el fervor anima? Se halla desnudo, pues carece de las virtudes sólidas, y aun muchas veces se ve privado de la gracia santi-

(1) Apoc., III, 18.

ficante y de la vida: *Nomen habes quod vivas et mortuus es* (1).

Se halla ciego, pues no ve ni su infeliz estado ni los peligros en que se encuentra. Si adquiere la caridad á costa de la oración, no sólo conseguirá que desaparezcan los males, sino que le ayudará á enriquecerse, *ut locuples fias*, porque el que posee á Dios posee todos los bienes. Ella le servirá de hermosa vestidura para el alma y de colirio para los ojos: *Et vestimentis albis induaris..... et collyrio inunge oculos tuos*. Si poseo la caridad estoy seguro de agradar á Jesucristo: El me ama y al que ama se manifiesta: *Qui diligit me..... et ego diligam eum et manifestabo ei meipsum* (2).

Ora aunque te veas asaltado en la oración por el tedio; no la dejes aunque te parezca que no adelantas nada. Humíllate en la presencia de Dios, ni dejes de hacer dulce violencia á su Corazón; acuérdate que esto es lo que El desea. Tras una sequía de tres años, figura de una inveterada tibieza, Elías implora la lluvia del Señor. Como no fuese atendido al principio, repite hasta siete veces la oración, y hé aquí que se levanta del lado del mar una nubecilla que pronto se resuelve en abundante lluvia. Sé constante y no temas: Dios oirá tus gemidos y te concederá aquellas gracias de que tanto necesitas.

PUNTO II

La mortificación

El que secundando las inclinaciones de la naturaleza, se ha apartado de Dios, sólo podrá acercarse otra vez á El reprimiéndolas. Para desterrar del alma la tibieza es preciso agregar la penitencia á la oración: *Hoc genus non ejicitur nisi per orationem, et jejunium* (3). No se trata aquí de rigurosos ayunos, ni de austeridades terribles, pues un alma tibia es por

(1) Apoc., III, 1.

(2) Joan., XIV, 21.

(3) Matth., XVII, 20.

lo común incapaz de tales cosas. Sin embargo, si se sintiese movida á ejercer contra sí misma algún acto riguroso de mortificación y tuviese el valor que para efectuarlo se necesita, tanto mejor; con tal de que proceda con prudencia y se someta á una sabia dirección; y cuando no tuviese ánimo para tanto, haga siquiera pequeños sacrificios, prívase de aquellas satisfacciones que, si bien livianas, le mortifica su privación..... Dad á Dios y El os dará; mostradle con hechos el deseo que sentís de acercaros á El y El redoblará la medida de sus gracias. «Levantaos, escribía un sabio y piadoso intérprete de la Escritura Sagrada, dad un paso, tantead vuestras fuerzas, poned manos á la obra, comenzad de una vez y Dios hará lo demás» (1).

PUNTO III

La reflexión

Esta es en cierto modo la vida de la fe, como la fe es la vida del justo. En efecto, la irreflexión lleva á la rutina, y ésta apenas si se distingue de la tibieza..... Es necesario reflexionar sobre la grandeza de Dios: *Quis ut Deus?* acerca de la nada del hombre, de la brevedad de la vida, de la eternidad, y nos hemos de preguntar con frecuencia á nosotros mismos: *¿Quid hoc ad æternitatem?* Mas, sobre todo, débese reflexionar sobre los dos inapreciables bienes que nos proporciona la generosidad en el servicio de Dios, á saber, la santidad y la felicidad. La santidad, porque el fervor imprime un mérito muy grande aun á las acciones más insignificantes, de las cuales es el principio, puesto que Dios tiene en cuenta más el corazón que la mano. Entre los bienaventurados que contemplo en el Cielo ¡cuántos hay que en su vida no han hecho sino obras comunes, y sin embargo han recorrido en poco tiempo una carrera muy larga!.... ¡Ah! ¡qué generosos y fervientes eran! La feli-

(1) *Surge, procinge te, exere vires. move brachia, explica manus.* (Ricardo de San Vito).

cidad, aun en este mundo, porque el yugo de Jesucristo es suave: *suave est*, no para aquellos que lo llevan arrastrando, sino para los que lo toman y lo llevan con grande amor: *Tollite jugum meum super vos* (1); porque «la piedad es útil para todo» y encierra en sí promesas no tan sólo para la vida futura, sino también para la presente (2).

Creemos á los santos, porque ellos lo han experimentado. David se encontraba á sus anchas y caminaba con toda facilidad por la senda de los divinos preceptos, que antes por su debilidad le habían espantado: *Statuisti in loco spatioso pedes meos* (3); después no sólo caminaba, sino que corría sintiendo su corazón dilatado por la confianza y alegría: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum* (4). El gran Apóstol sobreabunda de consuelos en medio de sus padecimientos..... Vos lo habéis prometido, Dios mío: *Vincenti dabo manna absconditum* (5). ¡Oh, qué oculto se hallan á las almas sensuales y negligentes este maná celestial! Ahora conozco la causa de no haber gustado sino raras veces la dulzura de este maná. Lejos de vencer mi flojedad y mis malas inclinaciones, me he hecho esclavo de ellas: en vez, Señor, de buscar fuerzas en la fe, avivada por la reflexión, y en el auxilio de vuestra gracia que nunca rehusáis al que os la pide, no quise entrar en mí mismo, ni he ido á calentar mi corazón en la ardiente hoguera de la oración..... ¡Ah Señor, al mostrarme la causa de mis males, me indicáis también el remedio de ellos! A Vos elevo mi oración: *De profundis clamavi ad te, Domine. Expandi manus meas ad te: anima mea sicut terra sine aqua tibi*. Pero, al solicitar ahora vuestra gracia, os prometo esforzarme por corresponder á ella, para que, acogiendo, oh Jesús mío

(1) Matth., XI, 20.

(2) I Tim., IV, 8.

(3) Ps. XXX, 9.

(4) Ps. CXVIII, 32.

(5) Apoc., II, 17.

mis débiles sacrificios y recompensándolos con nuevos favores, me alentéis á fin de que pueda ofrecerlos cada día holocaustos menos indignos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La oración.* Jesucristo nos enseña á servirnos de este primer remedio contra la tibieza. Dice abiertamente al Obispo de Laodicea que es pobre y que está desnudo, ciego..... hé aquí las cualidades del sacerdote tibio. Pero si adquiere y compra el oro de la caridad mediante el precio de la oración..... entonces remediará todos esos males. La caridad es un tesoro, un vestido valiosísimo, un colirio muy eficaz para los ojos enfermos. Orad, pero con confianza: haced violencia al Corazón de Dios, ya que El así lo desea.

PUNTO SEGUNDO.—*La mortificación.* Para desterrar la tibieza de nuestra alma es preciso añadir á la oración la penitencia. Levantaos, dad un paso, ensayad vuestras fuerzas, empezad con ánimo, dad á Dios y El os dará: comenzad, El hará lo demás. Un ligero sacrificio que os impongáis á vosotros mismos: hé aquí lo que os pide solamente.

PUNTO TERCERO.—*La reflexión.* Es la vida de la fe, así como la fe es la vida del justo. Conviene reflexionar acerca de la grandeza de Dios, sobre su justicia, su bondad y sobre la brevedad de la vida; pero especialmente sobre los dos grandes bienes que nos proporciona una piedad generosa, á saber: la santidad y la felicidad, aun en esta vida. El fervor acrecienta sobremanera el valor hasta de los más pequeños sacrificios: Dios tiene en cuenta más el corazón que la mano. El yugo de Jesús proporciona dulzuras á los que lo llevan con amor: *La piedad es útil para todo*. ¡Los santos bien lo han experimentado! ¿Han querido acaso engañarnos cuando nos hablan de los bienes y dulzuras que experimentaban en el servicio del Señor? El gran Apóstol San Pablo no cabía en sí de alegría en medio de las mayores tribulaciones.